REPÚBLICA DEL SALVADOR. AMERICA CENTRAL.

EL RAMO DE OLIVO.

REVISTA LITERARIA DEL SALVADOR.

Dirección, casa del Dr. P. Montepeque	DIRECTOR,	Valor de la suscrición
Sale el 5 y 20 de cada mes.	*MIGUEL PLACIDO PEÑA.*	2 REALES AL MES.

AÑO I. San Salvador, Abril 20 de 1888. NÚM. 2.

CHARLA DE LOS DOMINGOS.

Mientras El Ramo de Olivo se conserve fresco; mientras circule la savia por los filamentos de sus verdes hojas, esta Sección será consagrada á charlar.

Pero líbrenos Dios de hacerlo como se charla en las tabernas, ú otros lugares así, nó; nuestra charla será discreta, espiritual, de manera que las cuscatlecas puedan pasar por ella sus miradas risueñas.

Es mucho prometer, y á mucho lo que se aspira. ¡Hasta dónde nos conduce el deseo de complacer, y de caer en la gracia de las mujeres del Salvador!

Palabras dulces, pensamientos festivos, ¿podrán nacer de nuestra inteligencia, cuando la vida que apuramos es un lago de amargura y nuestro corazón un manantial de llanto? ¿Cómo hará para solazar á los demas el que lleva el dolor en su alma cual el veneno lleva la catástrofe? Es imposible llorar en secreto y reir en público.

Unos vienen al mundo en alas de una armonía, y otros entre la arruga de una queja: la alegría para aquellos, y para èstos;... responde corazón mío? Pobre corazón, llora; y si algún día llegan á evaporarse algunas de tus lágrimas, que sea aquí, en esta tierra, que los sueños me la hacen ver como la esperanza del mártir.

***

El domingo ocho, un día menos y hubiera sido domingo siete, yo estaba en el parque, esperando la hora de la retreta, única hora en que, á veces, mi espíritu, mi alma, se asoma á mis ojos, y, como es de noche, nadie la ve á ella.

Se acercaron á mí dos decidoras muchachas que, á mi entender, aun cuchichean con el candor virginal. Tal vez sin verme, probablemente, se pusieron á platicar:

—Vé qué aire de la que es rica.

—Qué indiferencia, dí mejor. Le parece que los pobres son indignos de una mirada suya.

—Pero mira á esa niña de mirada lánguida, de pálido semblante, de andar modesto, esa debe de ser muy buena.

—Ah, esa, esa.., ¿y sabes á qué familia pertenece?....

—Las ricas llevan el castigo dentro de sí. No conocen nunca el amor; nunca disfrutan de las verdaderas delicias del hogar; jamas se casan con un hombre que las ama, y el amor puro, espiritual, es lo único digno de las mujeres distinguidas; y ese amor sólo lo siente el hombre de bien, el que es humilde. El di-

pero es lo que vé en ellas la chusma de pretendientes que por doquiera las persigue, y las incautas, rara vez entregan su corazón á otro que no les dá buena dote.

—Necia! Si no tienen corazón esas gentes. ¿Creés que aman á nadie? Y entonces qué gracia sería que nos arrebataran á las pobrecitas el único don que el cielo nos dá, el de amar de veras sin otro interes que nos amen de la misma manera? A mí mejor me desterrarían antes que casarme con un rico.

—Dices verdad, pero entre ellas hay unas que aman con delirio hasta el grado de despreciar comodidades y la cólera de sus familias por seguir á un hombre sin fortuna.

—Son las que piensan, las que prefieren vivir solteras toda la vida á casarse con uno de esos señoritos que si las vieran pobres, quién sabe, quién sabe si las verían con los mismos ojos que á nosotras. Ya ves esa niña que parece ser tan buena? que es tan modesta y tan linda, nadie se casaría con ella si por *dicha* quedara pobrecita

Al escuchar esto me levanté de mi asiento repentinamente: me pareció que blasfemaban las muchachas; su charla se me hizo insoportable: fuíme al teatro.

***

Llegué en los momentos en que el madgiar Georgy regresaba á Hungría, despues de quince años de destierro.

Arrodillado en medio de las selvas, saludando con versos conmovedores la tierra que le infundió el primer aliento vital, era la imagen de la realidad, allí en el escenario, fingida. Los que no hayais puesto un pié fuera de vuestra patria no podréis comprender esta escena. ¿Qué es lo que se apodera de vuestra alma cuando visitas un cementerio cubierto de tumbas entre las cuales hay una que guarda los restos de una persona que os fuè muy querida? Pues al cabo de quince años de ausencia la patria es un panteón. El perro que os acarició al partir y que al regreso ya no existe; el rosal en donde todos los domingos cortabas botones para deshojarlos en el atrio de la iglesia al instante de salir vuestra novia: la colina coronada por un ciprés donde en las mañanas y tardes iban á píar los pajaritos; y el horizonte sin celajes ni poesía, las montañas sin árboles ni grutas entapisadas de verde musgo; la juventud durmiendo ya el sueño de la muerte, y la que se haya librado de ella envejecida para las expansiones del alma, de la amistad: no puede el corazón con el peso de estos recuerdos que destrozan la memoria. Volver á la patria y en cualquier lugar encontrar una tumba, un epitafio ..... un adios! ¿Quién no se arrodilla y llora; y en seguida se queda como el justo, dormido para siempre?

De esta escena triste, conmovedora, pasa el Madgiar á las de la intriga.

Se le hace creér que María Teresa había ordenado su muerte; un enemigo, de ambos, de esos que se ocultan en la sombra para infiltrar mejor su veneno en el corazón del gobernante y del buen patriota, es quien se lo ha infundido para dividirlos y servirse de sus prestigios y luego aniquilarlo como lo pretendían con su soberana, que había firmado su perdón.

María Teresa está á punto de sucumbir, debido á las intrigas de Georgey. Pero al fin se descubre el engaño y la altiva reina, la que solo al presentarse con su hijo en los brazos ante los magnates que deseaban su destronamiento los hizo exclamar, desenvainando las espadas: "Moriamur pro rege nostro Maria Theresa'!', María Teresa, digo, dió un golpe decisivo contra las tropas de los aliados, y aunque perdióse la Silesia, pero en cambio consiguió

que Federico II se desligara de la Francia, y ésta más tarde fué su aliada, mediante la influencia de la Pompadour.

***

El domingo 15, decía yo á una amiga muy linda: cuánta falta hace el tuertito Matheu, la Balbina Amor; en fin hace falta dónde ir á pasar el rato.

¿Por qué se queja U., me contestó, nó están los fantoches?

Amiga mía, la respondí, he visto en mi vida bailar á muchos *pichingos*, unos me han hecho reir, y otros ay! me han hecho llorar.

Con sus delicadas manos llevó mi amiga el pañuelo á sus labios; se reía, y yo, avergonzado, me despedí. Las niñas no creen en el dolor.

O***

Á LA AMÉRICA LATINA.

I.

[raron
¡Oh! qué hermosa los pueblos te admi-
Cuando el sol te alumbró de la victoria;
Cuando tus grillos á tus piés rodaron,
Y al fulgor deslumbrante de la gloria,
Sobre la frente del vencido Ibero
Resplandeció tu centellante acero!

II.

Como la antigua diosa que surgía
Del fondo de las olas á la tierra,
Así se alzó la Libertad un día
Del mar ensangrentado de la guerra,
Para ceñir, ¡oh América! tu frente
Con inmortal corona refulgente.

III.

Entonces agrupáronse tus hijos
En torno al pabellón americano,
Y con los ojos en el cielo fijos
Y sus cadenas rotas en la mano,
Su voz entusiasmados confundieron
Y el nombre de la Patria bendijeron.

IV.

Y en la mansión del rico, en la cabaña,
En el seno de todos los hogares
En que pesaba la opresión de España;
Como el estruendo ronco de los mares
Subiendo retumbante al firmamento,
Tronó de Patria el poderoso acento.

V.

[ble....
La unión su fuerza te prestó invenci-
Mil arroyos corriendo confundidos
Con el torrente atronador, terrible,
Que en el monte dilata sus rugidos:
Nada su empuje incontrastable doma
Y hasta la añosa ceiba se desploma.

VI.

Así también se derrumbó deshecho
El odioso poder que te humillaba.
¿Ni cómo resistir, si en cada pecho
El corazón de un héroe palpitaba;
Si al común enemigo combatían
Los pueblos todos que triunfar querían?

VII.

¡Cuán diferente ahora!...tu bandera
Encuéntrase rasgada en cien girones;
No es la que orgullo de tu nombre fuera
Cuando á vencer llegaba tus legiones,
Ni la que altiva ondeó sobre las olas
Cuando huyeron las naves españolas.

VIII.

[suelo!
Hoy no puedes siquiera, ¡oh descon-
La saña reprimir del cruel verdugo.
De los que mueren en tu mismo suelo
Por sacudir el extranjero yugo;
Y sin que estalles indignada en ira,
Un pueblo hermano á tu presencia es-
[pira. (*)

IX.

¡América española! fraccionada
Nunca serás tan grande, tan gloriosa,
Como lo fuiste el día en que rodeada
Del triunfo por aureola luminosa,
Libre te alzaste del profundo abismo
En que feroz te hundiera el despotismo.

(*) Esta composición fué escrita cuando aún no habían sucumbido los heróicos defensores de la libertadd o Cuba

X.

Que de la unión la sacrosanta enseña
Te cubra con su sombra bienhechora;
Y entonces, como el día en que risueña
De libertad la bendecida aurora
Te iluminó con su esplendor fecundo,
Digna serás de que te admire el mundo.

Manuel Delgado.

PAGINA DE UN LIBRO.

(A mi amigo, Mariano Soto.)

De pié sobre un altar, ella tendrìa
La magestad y el culto de la diosa;
De pié sobre un jardín, ella sería
Oropéndola, lirio ó tuberosa.

Juan de Dios Peza.

I.

Qué, no la conocía usted, amigo mío? Pero ya se habrá usted desengañado de que la pintura que de ella le hice es exacta. Ya la ha visto usted en el Parque de Morazán, al lado de una señora que es amiga suya: era ella, sí, con su modesto vestido blanco con bombillas y adornos negros. ¿No es verdad que parece un hada, que casi no toca el suelo con los piés? ¿No es cierto que sus rojos y húmedos labios, entreabiertos á la más dulce de las sonrisas,

"*cuando los cierra, parece*
que van á estallar en besos"?

¿Por ventura hay ojos que sean superiores á sus ojos? ¿Se ha fijado usted en ellos, cuando al mirar provocan y parece que desbordan fuego? ¿No es exacto que:

"*al mirar, abrasarían*
sus rasgados ojos bellos,
si las sedosas pestañas
no templacen sus destellos"?

Pues bien, amigo del alma: esos labios de viviente pùrpura, esos ojos que al mirar sonríen, esos son los que me hicieron nacer á la vida del amor y de las dulces fruiciones, cuando ella y yo nos vimos por vez primera en un pueblecito lejano, en las alegres bodas de un primo mío y de una prima suya. Oh! se extremece mi alma al recuerdo perdurable de aquella alegre fiesta casi pastoril, en que mi corazón y su corazón se abrasaron en la celeste llama de un mismo amor, y en que, nuestros espíritus, adolescentes aùn, se confundieron en uno solo, para no separarse nunca, nunca! Por lo menos así lo creíamos entonces, sin saber, sin presumir siquiera ¡cándidas criaturas! que una mano oculta en los pliegues de la sombra, que una implacable y ruda fatalidad se gozaría en vernos desgraciados al separarnos; para siempre, no! pero sí por muchos años!....

II.

Desde que esa ineludible y bárbara fatalidad, amigo mío, ejerció contra ella y contra mì el sórdido y fatídico ministerio de la intriga y nos alejó el uno del otro, ni una sòla palabra volví á escuchar embebecido, cual antes solía hacerlo, de esa boca de caliente grana, cuyos besos han de ser más dulces que la miel de los panales de los trópicos; ninguna bellísima carta suya, escrita con su diminuta mano de palpitante armiño, volvió á llegar á mí, impregnada del suave y delicado aroma de aquella alma gemela de mi alma. Hace ya más de tres años que un silencio casi sepulcral ha reinado entre los dos; ya nunca hemos vuelto á estar juntos, ni menos á comunicarnos gratas confidencias al oído! Acaso á alguna tierna y delicada flor silvestre, á alguna alada mariposa de variados matices, á alguna avecilla canora, de esas

535223

que saludan el alba y se despiden del crepúsculo con sus gorgeos melodiosos, habrá la hermosa mía pedido nuevas de su dueño, como yo por ella lo he hecho constantemente: acaso mi recuerdo, como el eco melancólico aunque vago de una música lejana, habrá inundado más de una vez de llanto su sensible corazón, á la misma hora en que yo, tristemente, he suspirado por ella; por ella, el único verdadero encanto de mi vida! por ella, para mí la hermosura más romántica de la Naturaleza! Acaso....ah! mi corazón no puede engañarme: mi corazòn, este corazón que es suyo, me dice que ha pensado siempre en mí, y que no se ha olvidado, un momento siquiera, de quien, por el amor de su bello corazón, ha llevado y lleva su pecho en inacabable y desastrosa lucha entre la razón helada, fría y el ardor meridional de los más firmes y puros sentimientos. Si esto fuera verdad!....Si mi corazón no me engañara!.... Oh! yo me levantaría, radiante de felicidad, rejuvenecido, ardiente, de este pavoroso y tétrico abismo que me absorbe: yo irradiaría como un astro, en la plenitud de su espléndida magnificencia las nobles y redentoras ideas que bullen en mi mente y, que en vertiginoso torbellino, golpean, con tenacidad incontrastable, la bóveda de mi cerebro; y los generosos sentimientos míos, que tanto tiempo, con gemidos lastimeros, se han agitado en mi alma como un mundo de espectros de "*El Drama Universal*" de Campoamor,—volverían á llenarse de savia nueva, poderosa y regeneradora, y á extremecerse como arpas sacudidas por el viento, y á poblar la tierra de armoniosas y sentidas trovas, dignas de la Patria, del amor y de la familia!

III.

Recuerdo que en cierta ocasión, entre ella y yo se interpuso la ausencia, aunque no para prolongarse como después se ha prolongado. Me hicieron falta el aroma de su aliento y el fulgor de sus miradas, y corrí en busca de la compañera de mi vida. Recuerdo que, entonces, á las tres venerables ancianas tías suyas, con quienes vivía, y á mí, nos abrió su bondadoso y tierno corazón de ángel, y nos reveló sus sufrimientos. Siempre que viene á mi memoria aquella escena dolorosa, se me llena el alma de profunda tristeza! La pobre niña lloraba; y lloraba con ese amargo é indefinible llanto de la orfandad agitada y punzada, de contínuo, por las maléficas influencias de séres pervertidos ó engañosos que se gozan en el ageno infortunio, como se gozan las pardas aves marinas en la tempestad y en el naufragio. Mas, no lloró ella sóla: hubo un sér que comprendió toda la intensidad de su sufrimiento y que lloró también con ella: ese sér fuí yo; ¿porqué me he de avergonzar al decirlo? Es un don celestial haber unido mis lágrimas de hombre á las lágrimas de un ángel que no ha logrado ni logrará nunca manchar siquiera las puntas de sus alas....

Pero tras aquella tempestad de lágrimas purísimas, vino la calma á solazar su corazón: pareció sobreponerse á su amargura al verme llorar con ella y al oírme decir, con voz quejumbrosa y casi ahogada por la angustia: "¡ Amiga mía, por Dios, no llores!"

Esa misma noche volví á reunirme á ella en casa de sus tías; y, entonces, en vez de ver correr su llanto, escuché su dulcísima voz, entonando primorosamente aquella sentida canción nacional que comienza:

" Oh! cuán dulce es tener en el mundo
Algún sér que nos tenga piedad!"...

Su voz era un arrullo de tórtola en un boscaje alumbrado por una luna de Enero,

de esas que en Cuscatlán y Andalucia son más bellas que el dia.

Jamás he podido olvidar aquella voz argentina que, sin tregua, sin cesar vibra en mi oído y cae como lluvia bienhechora en mi corazón para hacer reverdecer sus esperanzas! Constantemente ha resonado en mi memoria aquella voz, aquel melodioso cántico que, más que cántico, era la bellísima y sollozadora plegaria de un mártir emigrado, de un desterrado querube. Y las palabras de aquel cántico, en mis horas de desilusión y de tristeza, siempre que el tósigo del dolor ha quemado mis entrañas, han venido á ser para mí bálsamo consolador, efluvio celestial, oráculo del porvenir, biblia del alma!

IV.

Desde el día aciago, horriblemente espantoso en que ella y yo tuvimos que separarnos, una mano monstruosa, funesta se encargó de eslabonar con dolores la cadena de mi vida. Desde entonces mis pasos han sido trémulos y vacilantes, mis ojos no han tenido luz, mis labios no han vuelto á sonreír; se tornó agrio mi carácter, busqué el retiro, huí de la sociedad, me despeñé de precipicio en precipicio, como el Luzbel de Milton; y mi alma vive como en el Limbo, en una lúgubre mansión de tinieblas, en un mundo de horror, donde hasta el porvenir me es casi incierto!.... Y en medio de tanto dolor, no he tenido más que un placer: haberla visto despues de tan larga ausencia; una sola esperanza: el recuerdo de que ella tiene tres retratos que yo la dí y que juró no devolverme, sino cuando fueran del todo imposibles nuestras bodas; cuando un nuevo amor, como un bólido rojo, incandescente, surgiera y cayera en su corazón calcinando el amor mío. Oh! que nunca jamás se separen de ella aquellos tres retratos que yo la dí! dos de ellos son los retratos de mis padres; los retratos de dos séres bondadosos que harán con ella las veces de los padres que el cielo le arrebató en edad temprana; y el otro, es el retrato mío; el retrato del hombre que de ella implora la felicidad, que sólo ella puede darle, para que él, elevando sus ojos al cielo, pueda repetir, en vez de aquellas palabras de fuego que el Dante grabó en las puertas del infierno: ¡"*Aquí es donde termina la esperanza!*" pueda repetir, digo, las que ella, el amor de mis amores, grabó en mi memoria y en mi corazón, despues de aquella tempestad de lágrimas purísimas:

"Oh! cuán dulce es tener en el mundo
Algún sér que nos tenga piedad!"

Piedad! eso es: benevolencia, reciprocidad, ternura y, sobre todo, amor! amor que nos desprende un tanto de la tierra; que nos eleva, que nos santifica; que funde dos corazones y dos almas en un solo corazón y una sola alma, y que, aún siendo imposible sobre la tierra, los arrastra hasta el dintel de la tumba, para que ésta les sirva de tálamo nupcial!

Miguel Plácido Peña.

Marzo 16,—1888.

DE NIÑOS Y DE HOMBRES.

(AL DOCTOR DON JOAQUIN FALLA.)

Viajaba; y en mi viaje
Unió casualidad conmigo á un hombre:
No recuerdo su nombre,

Ni esto hace al caso. Muy lucido traje
De negro paño viste,
Y monta buen corcel, brioso, arrogante;
Pero tiene el semblante,
Pálido, enfermo y triste!
En camino no se hace necesario
Para hacer dos viajeros amistades
Emplear el formulario
O las formalidades
Que exije etiqueta en los salones;
Y así nos dimos apretón de manos,
Y cual si fuéremos hermanos
Seguimos dos iguales direcciones.
Cuando el alma padece,
Si encuentra otra alma á quien contar
[sus males
A la luz de la luna que embellece
Las noches estivales
Con su dulce apacible rayo tibio,
Que encuentra le parece
Inmenso, poderoso, grande alivio!
El sufría lesiones amorosas:
Y así contóme entre otras muchas cosas
Que loco, había amado con vehemencia
Y amaba todavía
A una Eva que falaz ofreció un día
Consagrarle en la tierra su existencia;
Mas ay! que el juramento
Que *él* creyó ella fielmente cumpliría,
Celebrando con otro casamiento
Perjura quebrantó!—Malditas todas!
Hé aquí la causa de su cruel tormento;
Y la historia de todos y de todas!
Cuando *él* este relato ya concluía
Paramos viendo un grupo de chiquillos
Que armados de chilillos,
Y en medio de confusa algarabía
Daban á un áspid muerte;
Mira, dijo su marcha continuando,
Como la están matando;
Y es, sabe: astuta, ponzoñosa; es fuerte;
Pero ay! también advierte,
Y ténlo bien presente
Si morir como yo tú no lo quieres,
Que de niños matamos la serpiente,
Y de hombres nos matan las mujeres.

Adolfo Castro.

San Vicente.—1888.

PARRAFOS.

Escojiendo entre las composiciones poéticas del joven Velado, una para "El Ramo de Olivo" encontramos unos párrafos de una carta suya publicados en la Guirnalda Salvadoreña.

Los preferimos á los versos que se encuentran en dicho libro.

Una frase, basta para calificar el talento de un escritor, un verso, por lo consiguiente, para saber quién es ó no es poeta.

¿Habéis presenciado la quema de una roza? Espesa capa de humo que cubre inmensa hoguera: chispas y lenguas de llamas se escapan de ella, y traspasando el humazo se elevan al espacio; así es la inteligencia. Si la inspiración brota en pequeñas chispas, por qué no también en llamaradas?

Esos párrafos son un trozo de poesía, y ellos harán comprender al autor que ésta no solo se encierra en las *ciencias*, en las *artes*, en *la naturaleza, en Dios,* sino también dentro de su alma.

¿Por qué, exclamábamos en presencia de algunos caballeros, el señor Velado y otros jóvenes poetas salvadoreños, ya no escriben ni una estrofa?

Porque son empleados de hacienda, se nos respondió.

¿Y esa fatal suposición de que los números son incompatibles con las bellas letras?....

Otra es la causa, que existe aquí y también en Nicaragua, Costa-Rica, Guatemala y Honduras, y podríamos aventurarnos á decir que hasta en las otras repúblicas de la América Latina.

Inteligencias jóvenes, jovencitas comienzan con una inspiración extraordinaria; mas de repente enmudecen, precisamente cuando han logrado afianzar el pedestal de una fama literaria.

Si el genio muriera viviendo el individuo, no haríamos congeturas.

¿Será que se mira con menosprecio la gloria? ¿y las supremas complacencias que experimenta el genio que se consagra á la humanidad?

Ramón Rosa, ese dulcísimo enfermo del corazón, hace tiempo que se halla en brazos de la indolencia más lamentable. Adolfo Zúñiga, ya olvidó el manejo de la pluma por la tijera del comerciante. Pío Víquez, Fernando Cruz—sumergidos en la política se han desatendido de la literatura. ¿Y Salvador J. Carazo, Manuel Delgado, Francisco Castañeda, Calixto Velado, D. J. Guerrero, J. J. Bernal y cien más? ¿Qué suceso ha logrado hacerlos enmudecer? No, ni por un momento es de suponer que los halagos del presente sean la causa de que desdeñan los laureles que la posteridad coloca en la frente de los hijos de las musas, y que ellos habían empezado ya á cosechar.

Y entonces?....Oigamos á Velado. "Tal vez haya sido culpado de egoísmo lo que no fué más que timidez. La idea de aparecer como poeta en un libro, ha pesado siempre en mi ánimo y sobresaltado mi espíritu. Si alguna de mis composiciones ha tenido un mediano interes, lo ha tenido solamente para esas almas enfermas, que sienten y no piensan y que todo lo miran al traves de las lágrimas. Mis composiciones, son como esas flores silvestres con las cuales no se puede formar un ramillete porque no tienen ningún prestigio fuera de la sencillez de la naturaleza. Si he publicado algunas de ellas en los periódicos, ha sido obligado por esa mano oculta que nos impele, á pesar nuestro, á marchar por sendas desconocidas para traernos, por únicas consecuencias, el arrepentimiento despues; y porque comprendo, además que las naciones y los individuos, así en el orden físico como en el orden natural y moral, tienen su infancia. Nosotros estamos en la nuestra.

"U. sabe que la poesía está en las ciencias, en las artes, en la naturaleza, en Dios. Yo no puedo inspirarme más que en este último, porque basta para esto con el recogimiento de nuestra alma. La poesía necesita dedicación y estudio, y á mí ni el tiempo me pertenece. ¿Cómo, pues, podría sobrellevar el peso de una publicación? No haría más que sentar el precedente de poeta para desvanecerlo en el porvenir, burlando así las esperanzas de algunos lectores benévolos.

"Yo no puedo dedicarme á la poesía; lo siento! Los sueños más queridos de mi juventud van á perderse; las vibraciones más íntimas de mi alma van á extinguirse sin dejar un eco en los demás. No se crea por esto que he soñado con la gloria. Cuando he lanzado á las auras de la publicidad alguna de mis fugitivas notas, ha sido como las aves, sin saber por qué. Quédese ella para esos séres predestinados por Dios, para cumplir una misión augusta. Quédese ella para aquellos que pueden tender la vista al porvenir y hallar un horizonte. ¡Jamás he pensado yo usurpar lo que no me pertenece!

"Yo me conformo con el entusiasmo que conservo por la verdadera poesía, y la gran facultad que tengo en gozar en ella. Esto me basta.

"A la lectura de un verso no puedo menos que dialogar en secreto con mi alma y con mi pensamiento. Cuando tengo ante mi vista alguna de las páginas de Lamartine, ese divino poeta que ha puesto la mirada en el cielo y la mano en su lira para llenar el mundo de sonidos inefables, entonces me creo fuera del tiempo y del espacio: ninguno de los dos existe para mí.

"¿Quién no se entusiasma con este poeta que ha recorrido la escala infinita de las tristezas produciendo las sentidas notas del corazón humano? Su poesía es un alimento agradable para las almas sensi-

bles, porque no son más que sentimientos escritos que nos envuelven en su ternura y nos embalsaman con sus lágrimas. . . ."

¿No es una gran pérdida para las bellas letras centro-americanas que el autor de párrafos tan poéticos, tan hermosos, emplée sus talentos en faenas áridas?

Quisiéramos que la sociedad negara su protección á esos talentos superiores que surgen del fondo de una humilde choza, ó de las ásperas selvas ó del cráter de los volcanes. Los genios que aún guían la humanidad con la antorcha de sus obras por los oscuros abismos del tiempo, lucharon con toda clase de adversidades; vivieron y murieron en la miseria. Esta es la voluntad eterna. Pero la generación actual hasta en eso contraría los preceptos de Dios. Ella lo padece; ella misma se priva de las creaciones que embriagan al espíritu con sabrosísimo licor.

Milton, cuando nadaba en la opulencia como ministro de Cromwell ¿qué produjo? Nada, por cierto, comparable á su inmortal Paraíso Perdido. El desdichado Tasso, mientras disfrutó de la gracia de opulentos soberanos, tampoco escribió algo de tanto mérito como su *Jerusalén*, que fué elaborada, según unos, en el fondo de un calabozo donde se le tenía encerrado como loco muerto de hambre. ¿Quién ignora las horribles privaciones que padeció Lamartine, que tuvo que cortar los árboles queridos que había en su huerto para venderlos en leña y vivir una semana con su producto? Las del borrascoso Byron, del ciego de Chia que á la puerta de un encendido horno de alfarería, recibiendo un vapor insoportable, improvisaba cantos por interes que le dieran un trasto de barro? La lista se prolongaría hasta los astros.

No es una condición indispensable ser pobre para ser poeta; pero sí lo es vivir en la pobreza para componer poesías. Las musas como que odian lo impuro de los metales. Está claro, si sus atavíos son celestes resplandores, y su alimento el manjar de los dioses. Al poeta, al genio, debiera colmársele de atenciones sociales, pero condenarlo á vivir siempre en la escasez.

Mariano Soto.

LA NATURALEZA.

Amo el silencio
De los desiertos,
La oscura tumba,
La eterna paz,
Los verdes campos,
Y los conciertos
Que allá en el bosque
Se oyen no más;

Donde se exhalan
Vagos aromas,
Donde se siente
Dulce el vivir,
Donde los llanos
Y verdes lomas
Hacen la dicha
Pura sentir.

Amo las ondas
Del claro río
Que dulcemente
Van á morir
En la ribera
Do el sauce umbrío
Sus ramas deja
Tristes jemir.

Amo el pajizo
Y humilde asilo
Donde descansa
Feliz pastor;
Y do su canto
Dulce y tranquilo
Es del zenzontle
Trino de amor.

Amo los ecos
De la montaña,
La voz salvaje

Del ancho mar,
La humilde arena
Que osado baña
Cuando sus olas
Se oyen bramar.

Y la luz moribunda de la tarde,
Los rumores del plácido arroyuelo,
Los trémulos suspiros de las auras,
La blanca nube que recorre el cielo.

Los cantos del pintado pajarillo,
Y el ruido del rey de la montaña,
Y el balido del tierno corderillo
Y el humo que designa la cabaña.

Y allá de noche, en solitario asilo,
A la luz apacible de la luna,
Sentir que late el corazón tranquilo
Y evocar las memorias una á una.

Y ver como fantásticas visiones
Deslizarse las horas del pasado,
Acariciar las muertas ilusiones
Y enjugar nuestro llanto derramado.

La salvaje hermosura del torrente
Que en el abismo horrísono se lanza,
Remedando la voz omnipotente
Que hizo brillar la luz y la esperanza.

Y á lo lejos, la voz aterradora
Que lanza el trueno en su furor salvaje,
Los nacarados velos de la aurora,
El esmaltado, espléndido celaje.

Y en alas de mi mente soñadora
Las grandes maravillas admirar
Con esa calma dulce, embriagadora,
Que deja algún recuerdo al espirar.

Y ver perderse en el azul del cielo,
Los montes gigantescos de esmeralda,
Que altivos se levantan desde el suelo
Alimentando pueblos en su falda.

Y oír el ruido solemne y majestuoso
De las montañas de agua de la mar,
Y ver su panorama grandïoso
Y sus olas plateadas juguetear.

Amo la tierra, sus escenas bellas,
La inmensidad del mar, su azul y plata,
Los espléndidos cielos, las estrellas,
Y de la luz la inmensa catarata.

Naturaleza hermosa! yo te admiro:
Tú eres de Dios reververante espejo,
A Dios adoro cuando yo te miro,
Que es tu belleza del Creador reflejo.

Antonia Galindo.

POBRE LOCA!

I.

¿Que no era más que hermosa?
Más que hermosa, era bella
La pálida y graciosa niña aquella
Que se llamaba Rosa,
Y que rosa, aunque lánguida y marchita,
Era, en todo momento,
Una poética flor del sentimiento
Que vida material no necesita.

II.

¿Te acuerdas cuál temblaba
Siempre que sus recuerdos evocaba;
Y cómo con la voz de la amargura
Nos contaba su amor, con tal ternura
Que á pesar de tu helado esceptisismo,
Seguíasla en su vuelo
Y con ella del cielo hacia el abismo
Ibas, y luego del abismo al cielo?
¿Y ahora dices que no era más que her-
(mosa?
Perdona; pero creo que tú mismo
Quieres, ingrato, al recordar á Rosa,
Matar ese recuerdo que te llena
De hondo dolor y de profunda pena.
Pero yo que en mi libro de memorias
Guardo muchas anécdotas é historias,
Entre las cuales la de Rosa es una,
Que acaso más estimo y que más quiero,
Cuando algún sufrimiento me importuna
Procuro refrescarlas, porque infiero
Que en la agena desgracia encuentran
(calma
Las desgracias que afligen á nuestra
(alma.

III.

Rosita amó con el amor primero
A un joven arrogante y pendenciero
Amigo de las zambras y el bullicio,
Parrandero excelente,
Rascador de guitarra, hombre sin juicio
Que traía en temblores á la gente
Por su afición al incesante escándalo,
Y por su audacia y su furor de vándalo.

IV.

"Te va á dejar como ha dejado á otras
Y nos dejó á nosotras,"
Le decían á Rosa unas muchachas,
Que en otro tiempo fueron vivarachas
Y ahora tristes y flacas y ojerosas,
Y pobres y llorosas
Van dando tregua á su dolor profundo,
Paseando su esqueleto por el mundo.
Pero Rosa, que todo lo sabía
Y en nada meditaba,
Con cierta repugnancia las oía
Y para sí pensaba:
"Estas pobres mujeres, por despecho
Me hablan mal de aquel que aquí en mi (pecho
Logró encender de mi pasión la llama,
Y á otras desprecia porque á mí me ama."
Y, así pensando, entre enojada y triste,
Le escribía á su amante
Diciéndole: "Confío en que el instante
Se ha de llegar de nuestra dicha inmensa
Y en que han de celebrarse nuestras (bodas,
Aunque de tus virtudes en ofensa
Dicen los malos que te gustan todas
Y que te burlarás de mi inocencia
Y que harás desgraciada mi existencia";
A lo cual el amante respondía:
"Cuanto de mí te digan no lo creas.
Ante Dios y los hombres seras mía.
Siempre las envidiosas y las feas
Te hablarán mal de mí; pero te juro
Que el amor que me inspiras es tan puro
Como el amor del céfiro y las flores,
El más puro de todos los amores!"
Y después el rendido pretendiente
Le pintaba su amor con tanto fuego,
Que Rosa desde luego,
Comprendiendo un amor tan elocuente,
Sentía *un no sé qué* como un deseo
De lo desconocido y de la sombra;
Sed de lo inmenso que jamás se nombra,
Y no apagan las aguas del Leteo....

V.

Así pasó algún tiempo; pero un día
Rosa, de su galán enamorada,
Una carta *in extenso* y perfumada
Recibió de las manos de su criada,
En la cual su galán se despedía
Diciéndole: que mucho lo sentía;
Pero que su familia lo llamaba,
Con tal urgencia, que al siguiente día
El pueblo abandonaba
Llevando su recuerdo inmaculado
En su sensible corazón grabado,
Y en el fondo de su alma dolorida
Su pudorosa imagen esculpida;
Que de allende los mares
Le escribiría siempre enamorado,
Y que en las tempestades de su vida,
Y en el rudo huracán de sus pesares,
Su pasión sin medida
Sería siempre su seguro puerto,
Su luz hasta en el borde de la tumba;
Y que aun después de muerto,
Su pasión la esperaba en ultra-tumba.
¡Cuánto sirves á tontos y á tunantes,
Secretario feliz de los amantes!

VI.

¿Quién es aquel que cuando se despide
Nada ofrece á su amor ni nada pide?
Nadie: y Julián, adorador de Rosa,
Debiéndole pedir alguna cosa
Como final urgente del programa
Del que deveras ó mentiras ama
Y cima quiere dar á una conquista,
Después de los adioses y gemidos
Puestos en el papel y muy sentidos,
De por Dios le pedía una entrevista
De aquella noche allá en las altas horas,
Donde ella de ninguno fuera vista;
Y tan sólo las brisas gemidoras
Pudieran escuchar sus juramentos
De volver á su lado y ser su esposo,
Su único compañero cariñoso
Y único dueño de sus sentimientos.

VII.

¿Qué mujer, por muy guapa y muy her- (mosa
Que sea, ante un amante el más rendido
Que se va y en una carta cariñosa
Se le muestra doliente y conmovido,
No siente los mordiscos que en su seno
Le da el pesar, y el dolor agudo
Que con furor y mudo
En ella infiltra su mortal veneno?
¿Quién es la que no quiere en su partida
Darle su mano, oír que de su boca
La pasión largo tiempo comprimida
Sale con ansia loca
Y prorrumpe en gemidos lastimeros
Y en ayes dolorosos, los postreros
Que acaso escuchará, porque presiente
Que va á morir cuando su dulce amante
Se vaya á otro país de ella distante
Y para siempre, acaso, se le ausente?
Un instante no más y á su lado!....
Un momento de amor disimulado!....
Teniendo un corazón impresionable!..
Siendo él hermoso y, á la vez, afable..

Tal vez queriendo darle un dulce beso..
Un abrazo, tal vez, en el exceso
De su pasión!....¡Oh! gran cobardía
Sería no decirle que bien puede
Las tapias escalar, como solía
El héroe aquel de la novela aquella,
Que llevaba de adrede
Los clavos, las escalas y la armella
Conque llegar podía hasta su bella!

VIII.

Y si tan grave asunto
Ha sido discutido en todo punto,
Y en todo punto siempre las mujeres
Se han dado soluciones muy diversas,
Según han sido honradas ó perversas,
Y unas han sostenido sus deberes,
Y otras á sus deberes han faltado
¿Podía ser asunto bien pensado
Por una niña como lo era Rosa,
Enamorada por la vez primera
E ignorante de aquello que pudiera
Ser para ella muy grave y séria cosa?
¿Podía presumir que aquel su amante,
Faltándole al respeto le exigiera
Un sacrificio negro y humillante,
Adorándola así cual la adoraba?....
Rosa ni lo pensaba;
Y si abrigaba alguna desconfianza,
Todavía era más grande su esperanza
De ver al que algún día
Su consorte sería.
Además, en asuntos de amoríos
Siempre pone Satán su contingente;
¿Verdad, lectores míos?
Y esta vez era el diablo la sirviente
Que á Rosa, por desgracia,
Inspirábale fé, valor y audacia.

IX.

"Mi adorado Julián: (Así decía
La epístola que Rosa envió aquel día
A su amado Julián.) Es imposible
Pintarte mi dolor indefinible
Al saber que te vas. ¿Porqué me dejas?
¿Pueden valer mis ruegos y mis quejas
Para hacerte vivir aquí á mi lado
Siendo por mí, cual eres, tan amado?
Ah! no te vayas: no me dejes sola,
Abandonada, triste y sin consuelo
Como la espuma que al nacer en la ola
Fluctúa entre el abismo y entre el cielo!...
Pero dices que tienes mucha urgencia
De ir á tu patria, y yo, Julián, no quiero
Que por mi causa pierdas una herencia
Por lo que vas allá, según infiero.
Entonces, mira: tu adorada hermosa
Te espera en el jardín ya que me ofreces
Hacerme ante el altar, Julián, tu esposa,
Y eres mi dueño y todo lo mereces.
Ven; y yo aspire tu vital aliento;
Quiero beber allí en tus labios rojos
El néctar de tu ardiente sentimiento,
Y verme en la luz pura de tus ojos.
Ponte de acuerdo con mi buena Irene
Para arreglar el modo
De hacer lo que conviene
Para escalar la tapia: yo haré todo
Lo que á mi alcance esté para que seas
Feliz en realizar lo que deseas.
Te saluda tu Rosa."
¡Dios eterno!
Tan incendiaria carta fué dictada
Por la pícara Irene que el infierno
Debe tener por última morada!
Rosa temblaba al escribir la carta;
Pero la cocinera le decía:
Escríbale usté así para que parta
Con la esperanza de volver un día
Para hacerla su esposa....
Y Rosa obedecía.
Rosa estaba perdida ¡pobre Rosa!....

X.

¿Que hubo la noche aquella? Julián mis- (mo
Huyó como espantado ante un abismo;
Huyó de Rosa! Rosa desgraciada!....
¿Qué hubo? mucho y nada!........

XI.

Rosa por vez primera vió la Aurora;
Pero la vió con miedo,
Porque una voz, muy quedo, sí, muy
Le decía: "Señora, (quedo
"La Aurora nacarada
"Desdeña esquiva la purpúrea rosa
"A la tierra inclinada;
"La abeja silenciosa
"Ni en torno gira ni en la flor se posa!"...

XII.

Partió Julián y se olvidó de Rosa;
Y Rosa, á los seis meses de su ausencia,
Le escribía amorosa
Y haciéndole mil cargos de conciencia.
Una carta de amor para el cobarde
Que de muchas deshonras hace alarde,
Vale lo que un sonido en el vacío,
Lo que los vivas que se dan á un muerto,
Lo que vale una gota de rocío
En el mar y una arena en el desierto.

XIII.

"Trémulo, inquieto, el corazón turbado,
Oh, luz de mi existencia!—
Le decía al malvado—
Palpita con violencia
Al pensar que no vuelves á mi lado
Y es vana aspiración querer ahora
Volver á aquella edad encantadora
De plácida inocencia
Que perdí de tu amor al arrebato.
Julián, Julián ingrato!
¿No te duele pensar en mis martirios?
¿No consideras que mi mala estrella
Me aparta de las aves y los lirios,
Y que tu Rosa bella
Está triste, marchita,
Doliente y desolada,
Llena de ansia infinita,
Por el pecado y el pesar ajada?....
Ven á mis brazos, ven, dulce amor mío;
Haz que brote un consuelo á mis con-
(gojas,
Como brota en el campo, entre malezas
Un árbol ya marchito, algunas hojas,
Que mitiguen mis ansias y tristezas!
Ven: que la flor del misterioso broche
Perdí en tus brazos en aquella noche
En que tanto te amé para perderte,
En las tinieblas sus aromas vierte,
En silencio sus lágrimas derrama,
Tu compasión reclama,
Y no te olvida, y te perdona y te ama!!!

XIV.

Llegaría esta carta á su destino?
Tal vez: yo no lo sé; pero me inclino
A creer que Julián no pudo verla,
O si la vió tal vez no quiso leerla,
Por lo cual su respuesta nunca vino.
Y Rosa? Rosa fué languideciendo
Cada vez más y más. Honda amargura
La iba minando, la iba consumiendo;
Lenta y abrasadora calentura
Sus hermosas facciones trasformaba,
Y al cabo de ocho meses la locura
Más febril y tenaz la devoraba.
En su delgada, amarillenta mano
Comprimía las cartas que su amante
La escribió cuando artero é inhumano
Atisbaba el instante,
Haciendo á su virtud infanda guerra,
De echar su nombre y su honradez por
(tierra.
"Estas cartas—decía—son la palma
Que ha conquistado en el amor mi alma."
Y decía verdad en su delirio:
Eran las palmas de su cruel martirio!

XV.

"Triunfos, coronas, gloria, poderío,
Placeres, esplendor, poder, riqueza,
Todo, hasta el albedrío,
Hasta el honor, Julián, amado mío,
Daría por amor á tu belleza!"
Así decía Rosa;
Y continuaba:—"Primavera hermosa,
Angeles del Señor con arpas de oro,
Romántica é inmortal naturaleza,
De eterna vida sin igual tesoro....
Todo para Julián, todo, hasta el cielo,
Hasta Dios, porque Dios es amor santo
Que da calor al hielo,
Vida á lo inerte y á los ojos llanto;
Y á Julián tantos besos en la boca..."!

....

Pobre Rosa! Porqué amaría tanto
Al que le quitó la honra y la hizo loca!...

XVI.

Una noche de luna,
De esas que no se ven en parte alguna,
Y sólo en Cuscatlán y Andalucía
Son más bellas que el día,
Noche hermosa de Enero
En que á la tierra enviaban las estrellas
De sus rubias madejas un reguero,
Varios galantes jóvenes y bellas
A la playa del mar se encaminaron
Y en breve divisaron
Un bajel que las olas espumantes
Soberbias y pujantes
Con majestuosa languidez rompía,
Y á la luz de la luna se mecía.
Todo el mundo ignoraba
Que aquella noche aquel bajel llegaba;
Sólo Rosa la loca lo sabía;
¿Cómo? muy fácilmente:
Vió cruzar por su mente
Un bajel que venía desde Europa,
Y también vió en la popa
A su amado Julián, que cariñoso
A ella venía para ser su esposo.
Nadie lo podrá creer; pero es lo cierto
Que desde hacía ya como diez días
Que ella estaba en el puerto
Y, con tiernas y dulces alegrías,
El bajel esperando,
Se paseaba en las playas entonando
Con voz llena de gracia y de dulzura,
Todos los versos que iba recordando,
Y los que la inspiraba su ternura.
Si Hugh Conway existiera todavía
Tal vez otro *misterio* escribiría!—

XVII.

La noche aquella en que el bajel airoso
Con muelle languidez se balanceaba
Y lento y perezoso
A las próximas costas se acercaba,
Todos vieron á Rosa dirigirse
A la orilla del mar, llena de flores;
Y la oyeron reírse
Y decir: "Allá viene el amor mío!
Allá viene Julián mi dueño amado!
A traerle voy antes que el hado impío
Intente separarlo de mi lado!"....
Y la vieron erguirse
Como tomando aliento, y en las ondas
Sueltas las trenzas blondas,
Con su túnica blanca irse alejando
Del puerto, y caminando
Cual si en tierra estuviera,
Dejando la ribera
Dirigirse al bajel siempre cantando.
Después vieron el bulto más pequeño,
Cada vez más distante,
Y al fin desvanecerse como un sueño.
Todos en tal instante
Pensaron en que Rosa, en su locura,
Hallaría en el mar su sepultura;
Aunque hablaron y hablaron
Y nunca se explicaron
Por más que meditaron,
Porqué pudiera haber andado Rosa
De manera en verdad tan milagrosa...
Pero el caso fué cierto
Y dió mucho que hablar á los del puerto.

XVIII.

Llegó el bajel al fin?—A las dos horas
Después que caballeros y señoras
Ya no vieron á Rosa;
Y vino Rosa en él? No: Julián vino
Dispuesto en realidad á que su esposa
Fuera la que en su amor y su ternura
Cifraba su ventura
Y en las ondas del mar embravecidas
Buscaba en su locura
Bálsamo á sus heridas,
Alivio á sus dolores,
Y un corazón á quien brindar de su alma
La inmarcecible palma
Y las más bellas y fragantes flores....

XIX.

Llegó la aurora del siguiente día,
Y lejos de la costa aun se veía
Algo que fluctuaba
Y á la playa venía,
Cual cisne que extendía
Sus níveas alas é inconscientemente
Se dejaba arrastar por la corriente.
Que era Rosa aquel algo comprendieron,
Y en su auxilio acudieron
Los del puerto mejores nadadores;
¡Y cuál se sorprendieron
Todos al verla con sus mismas flores,
Pálida, sonriente,
Sonriendo cual sonríe una inocente
Tierna niña dormida;
Y luego, su letargo sacudiendo
Ir los hermosos ojos entreabriendo
Y en sus miradas demostrar la vida!

XX.

¿Qué hizo Julián en tanto?
Agitado y convulso
A Rosa se acercó bañado en llanto;
Y Rosa, guiada de un secreto impulso
Púsose en pié, corrió donde su amante
Quien la tomó en sus brazos
Y la colmó de férvidos abrazos.
Pero, ay! en el instante
En que él imprimió un ósculo en su boca,
Retrocedió la loca
Cual si un rayo la hiriera;
Fijó en él con afán sus ojos bellos
Que lanzaban destellos
De amor, primero, y luego de coraje,
Como una herida fiera;
Y al hacerle un ultraje
Que hirió á Julián de tan extraño modo
Que lo hizo tambalear como un beodo,
Volvió Rosa sus ojos hacia el cielo
Arrasados en lágrimas, y al suelo
Cayó otra vez desfallecida y yerta.
Después?.... ¡Estaba muerta!......

Miguel Plácido Peña.

LEYENDA.

Hay una antigua conseja, que á decir verdad, ignoro cuándo la aprendí, ni quién me la contó.

Mas es lo cierto que no soy el que la inventa; así es que de ella responderá otro y no yo.

En época remota se vió en la atmósfera de Centro-América, á muy corta altura, una nube roja orlada

con una franja negra. Esa nube parecía estar suspendida de la mitad del firmamento. Estando inmóvil, como escudriñando con mirada oculta el rincón más apartado de la tierra, de repente se lanzaba con velocidad vertiginosa por la línea equinocceal, y después volvía al propio lugar de su partida, se despojaba de la franja negra é iba á situarse inmediata al sol. Entonces se oscurecía el mundo y se dejaba ver una mujer extraordinariamente hermosa sosteniendo entre los brazos una reluciente piedra colosal.

Cinco vírgenes vestidas de blanquísima gasa, con medias azules y con un manto de plumas de quetzal subían de las cinco provincias centro-americanas, y arrodillándose al derredor de aquella hermosura femenina, extendían sus manos como queriendo contener la piedra que estaba á punto de ser soltada. La que la sostenía, en presencia de esta actitud y de las lágrimas que cubrían á los virginales ojos de las lindas jòvenes, abría sus labios y decía: "Esperaré"; y arrancando chinas de la piedra, como quien arranca hojas de un árbol, las arrojaba, añadiendo: "mirad, así manará el agua con que ahogaré la humanidad cuando caiga esta piedra".

Las vírgenes temblaban al ver que de cada china se formaba un mar ó un lago según era el tamaño de ella.

Pero no es esto todo, me decía el interlocutor,

La Diosa, que era lo que era, revistiéndose de una magestad imponente pronunciaba ciertas frases incomprensibles, y lanzaba la piedra al espacio, quedando convertida en astro.

Las vírgenes entonaban un càntico que se oía desde la tierra.

De la superficie de cada lago formado por la china arrojada por la Diosa subía una columna de neblina por la cual descendían las vírgenes, condenadas á permanecer toda la vida dentro del agua. La divinidad en todo perdón demanda un sacrificio.

Tenían allí sus viviendas expléndidas y gozaban de toda clase de deleites, escepto el de la presencia de hombres.

Cada año, el propio día que se cumplía el de su entrada allí, les era permitido salir á las riberas, y si la casualidad llevaba á algún individuo se sumergían con él al fondo.

Allí permanecían como dos almas, como dos cuerpos que se necesitan, pero no se juntaban cuando querían sinó una vez en cada siete lunas.

Si al cabo de las veintiuna no había fecundidad, el hombre era trasformado en anguila y quedaba expuesta á ser pescada por cualquier pescador.

Pero, en el caso contrario, el prisionero era perfumado con esencias olorosas y podía pasar con su compañera el mes de Diciembre.

La señal para conocer la fecundidad en el propio instante, era, que se partía el lago y bajaba del cielo la visión aquella que vimos cerca del sol. Tomaba dos peces de escamas de oro el uno y de plata el otro y ella misma los presentaba en un plato de diamante á los compañeros.

Volvíanse á juntar las aguas del lago y entonces resonaba una voz en el espacio que decía: "Se prolonga la hora; el astro jira y no caerá dentro de los mares porque en el fondo de ellos se oculta un angel: mientras haya ángeles en la tierra será respetada". Un coro de voces dulcísimas repetían las mismas palabras y las aguas se convertían en llamas, y los dos compañeros aparecían sobre ellas; era la última vez que veían el mundo.

Mariano Soto.

A ELISA.

Cuando te ví rodeada de galanes
Que te hablaban de amor;
Cuando ví cuántos eran tus afanes
Por ser amada, yo
Compadecí en silencio tu locura
Y dudé de tu amor, de tu virtud:
Te desprecié á pesar de tu hermosura..
¿Me despreciabas tú?

*

Cuando en el templo ante tu Dios de hi- [nojos
Cierto día te ví,
Y asomó el llanto á tus hermosos ojos..
¿Te acordabas de mí?
No sé; más del pasado aquella calma,
Aquella paz perdida recobré:
Leía entonce el fondo de tu alma,
Y entonces te adoré.

J. Samuel Ortiz.

San Salvador.

AL SEÑOR ****

(Obsequiándole un libro en su cumple-años)

Jamás, Señor, de mi enlutada lira
Te hiciera oír el moribundo acento
Si la confianza que tu amor me inspira
No me animara en tan feliz momento.

Ausente y lejos de mi patrio suelo
Deploro aquí mis tristes desventuras;
Mas nunca olvido el paternal anhelo
Conque un alivio á mi dolor procuras!

Por tí, á mi vez, dentro del alma mía
Conservo el fuego del amor más santo,
Y al recordar de tu natal el día
Siento enjugarse mi copioso llanto.

Es este libro la tan sola ofrenda
Que presentarte puedo en tus natales:
¡Guárdalo siempre cual humilde prenda
De mi cariño y gratitud filiales!

Y si mañana mi traidora suerte
De aquí me arroja á otro país lejano,
O una aciaga y prematura muerte
Mis ojos cierra con su helada mano;

Entonces ¡ay! aun llevaré el consuelo
De que al recuerdo de esta prenda débil,
Por mí, talvez, dirigirás al cielo
Una plegaria con acento flébil!

Doroteo Fonseca.
"Liceo Salvadoreño."

ODA.

—

LA CARIDAD.

I.

En un tiempo de amargos sinsabores
lloraba el pobre en su desierta choza:
los mágicos colores
del azulado cielo,
los blancos lirios, la encarnada rosa,
ni el céfiro del prado, ni del ave
el cantar, existían para él;
tan solo eterno duelo....
Entonces negra la soberbia altiva
la frente alzaba dominando al mundo;
mientras el pobre caminando iba
sentando el pié rendido y moribundo
sobre la dura piedra,
comiendo el pan del vituperio horrendo,
sus lágrimas bebiendo.

II.

Aquello fué la noche de la vida,
el antro de la muerte,
el Universo, el sér, el hombre inerte:
tras los harapos de miseria triste
vaga la flecha del dolor, perdida,
buscando un seno para abrir la herida...
Y lo encuentra por fin.... y al fin embiste
sin que el sollozo de dolor que exhala
el corazón que señaló el destino,
pueda llegar siquiera
al regio alcázar que placer regala
y donde corre cual torrente el vino!...

III.

Pero, borremos ya de nuestra mente
tan negra y triste historia;

que no enturbie esa nube nuestra frente
ni el alma se prosterne irreverente
brindándole un recuerdo en la memoria.
—Pasó como pasaron las edades
de horror y de tinieblas para el mundo,
cuando Dios, de las negras soledades
hizo surgir á Apolo rubicundo.—
—Que así quede extinguida,
pues ha sonado ya la augusta hora
de amor y de consuelo,
en que apiadado el soberano cielo
de la prole de Adán, escarnecida,
puso una voz en la conciencia humana
que respondiera al eco de otra hermana:
puso en el corazón de los mortales
algo que atrae y armoniza y une
así como esa fuerza
que en el centro del mundo se reune
y mantiene y sujeta en el espacio
los astros titilantes,
cual pálidos diamantes
que adornan la techumbre de un palacio:
¡ Día feliz, feliz la Providencia [ma!
que dió á los hombres sentimiento y al-
¡ Día feliz de la primer creencia,
de consuelo y de calma !....
¡ Loado Aquel, eterno é inmutable,
que dió á la Humanidad un fiel destello
de lo sublime y bello,
le dió la bienandanza perdurable,
le dió el impulso que á gozar incita,
le dió la Caridad!...¡Virtud bendita!..

IV.

¡ Oh, santa Caridad, yo te bendigo,
y te bendiga el mundo !....
Tú das el hombre al hombre por amigo
y un pecho generoso por testigo
y amoroso consuelo
de un pobre moribundo !....:
Tú inclinas el magnate hacia el mendigo
y al mendigo y magnate das el cielo!...

V.

Un día así, en la tiniebla helada
gemía el Universo confundido,
sin sol y sin espléndida alborada,
sin aire y sin sonido.
Pero el eterno Dios, de amor henchido
hácia su augusta creación amada,
—"Para hermosear mi obra,
dijo—, la luz sea hecha."—
Y abriendo en los espacios ancha brecha
el abrazado sol,
fecundizó la planta; y atrevida
la luz, surcó los mares y dió vida
á las aguas, lo mismo que á las altas
nubes, pintando el vívido arrebol !....
¿Quién no adora la luz? ¿quién no desea
con ansia grande lo infinito y bello,
lo que es sagrado y santo ?....
¿ Quién por mezquino y por rüín que sea
en la frente no lleva el sacro sello [to ?
de adoración, de amor, de eterno encan-
Yo sé que todo lo que el mundo encierra:
la luz, la vida, el sol, el firmamento,
lo que es halagador y lo que aterra,
todo es obra y eterno monumento
de Amor y Caridad.
¡ Virtud encantadora,
que elevas al mortal que te ejercita,
bendita seais, bendita !....
Si existe el claro día con su aurora
y el amor con su influjo soberano,
es que en el labio y corazón humano
por el dedo de Dios omnipotente
impreso está tu nombre:
por tí no existe ya la desventura,
y lleno de ventura
tranquila y dulcemente
vive feliz sobre la tierra el hombre !...

VI.

Brilla así siempre, Caridad primera,
primer destello del amor divino.
Y yo, débil mortal, pueda siquiera
levantar amorosa mi plegaria
por siempre á la virtud,
mientras cumplo en el mundo mi destino
y acaba mi existencia solitaria
al borde de una tumba funeraria !....

Salvador Galván S.

San Salvador.

¡TODAVIA!

(A Migdalia.)

SONETO.

No ha muerto, nó; mi corazón delira
De una mujer á la mirada ardiente,
Y aun tiene ensueños mi ardorosa mente,
Y aun tiene acordes mi insonora lira.

El alma mía al Infinito mira
Y puedo al cielo levantar la frente,
Aunque el odio con lengua maldiciente
En torno mío á su sabor conspira.

No ambiciono riquezas, ni deseo
Fugaces pompas que me brinde el mundo,
Que de mi genio al esplendor febeo
Con áurea luz la muchedumbre inundo:
Sólo quiero en mi ardiente desvarío
Que me brindes tu amor, dulce bien mío.

1888.

J. L. Ferrandis.

CRONICA.

El Ramo de Olivo agradece las palabras de aliento que muchas personas ilustradas le han dirigido. Procurará hacerse acreedor á ellas. Pero no basta esto para llenar sus fines, es preciso el concurso de los buenos salvadoreños. ¿Se le rehusará?

En el siguiente número comenzaremos á publicar una novela nacional, cuyo título es "Ermelinda." Desde luego la ponemos bajo la protección del ilustrado é indulgente público salvadoreño.

El 16 del corriente murió repentinamente la Señorita Carmen Mixco. ¿Y no hay un amigo suyo que deposite flores sobre su tumba virginal?

El Ramo de Olivo envía expresiones de condolencia á la apreciable familia Mixco.

El Ramo de Olivo dará un premio al que le envíe la mejor composición en verso ó en prosa, *sobre la necesidad de fundar una asociación literaria.*

Ofrece otro al que escriba una serie de artículos *sobre la religión de Cristo y la religión del arte.*

Chascarrillos, cuentos, leyendas, epigramas, &, &, se compran, siempre que encierren alguna enseñanza útil, alguna novedad, y que no se aparten de la moral.

Salvadoreños, cantemos la belleza, la virtud y anatematicemos el vicio y lo deforme. Aprovechemos la paz en que se encuentra la República.

¿Qué dificultades encontraría la fundación de una sociedad dramática de jóvenes aficionados? Creemos que ninguna. Por el contrario, el Gobierno de la República la fomentaría ya de un modo ya de otro. Probemos: tome alguno la iniciativa. Es necesaria esa clase de asociaciones. El Ramo de Olivo cooperará en lo que pueda.

Desde las siete de la noche hasta las nueve, gran número de jóvenes pasan leyendo en el salón de la Biblioteca nacional. Esto es una esperanza, un augurio feliz para las letras nacionales.

El 15 del corriente ante muy selecta concurrencia tomó en la Catedral posesión de la Diócesis, salvadoreña el señor Dr. Antonio Adolfo Pérez.

Concluida la ceremonia fueron los concurrentes á acompañar hasta su casa de habitación al digno diocesano, el que con frases muy modestas y humildes dió las gracias "por el honor que se le hacía."

El 20 de Mayo próximo se verificará la consagración.

Los amigos y admiradores del señor Pérez están tejiéndole una corona literaria para ofrendársela en los momentos en que reciba la dignidad episcopal. Justa recompensa á la virtud. La sociedad, así como reprueba al sacerdote que se aparta de su misión sagrada, así premia al que con la palabra y el ejemplo se hace digno discípulo de su divino Maestro.

Ya en prensa las líneas anteriores, nos hemos impuesto de la carta dirigida al Dr. Pérez, por el señor Presidente de la República. Ese documento autoriza nuestras humildes frases; el primer Representante del Salvador hace verdadera justicia al virtuoso prelado.

Grato es notar que reina la mejor armonía entre la autoridad que representan ambos personajes: el pueblo, la naciòn es la que recojerá los frutos de unión tan leal y tan estrecha.

Desfanatizadas las conciencias, presidida la religión del Hombre-Dios, por apóstoles de la ciencia y del deber, es error guardar reservas contra los ministros de la doctrina que

mejoró el mundo y que jamás dejará de mejorar las costumbres.

En otra carta muy atenta envió el señor Menèndez al Dr. Pérez una joya inapreciable, el anillo que usó el señor Obispo Zaldaña.

Hé aquí la carta que mencionamos al principio de estas líneas:—

"San Salvador, Abril 17 de 1888.

Señor Dr. don Antonio Adolfo Pérez,
dignísimo Obispo de la Diócesis de
San Salvador.

Correspondo la atenta comunicación de US. fecha de ayer, por la que tiene á bien comunicarme que el 12 del corriente tomó posesión de la autoridad diocesana.

Las bellas prendas que le adornan le hacían acrreedor á ese elevado puesto, y el Santo Padre ha sabido rendir justicia al mérito, al conferírselo por sus Letras pontificias expedidas el 13 de Enero último.

Como particular, me complazco en sumo grado en que US. haya sido llamado á ejercer las funciones apostòlicas en la comunidad católica del Salvador; y como funcionario público, nada me será más grato que en tanto rija los destinos del país, caminemos en completo acuerdo, con el respeto recíproco de las instituciones que representamos y promoviendo cada cual dentro de la órbita de sus respectivas atribuciones, los legítimos intereses del pueblo salvadoreño.

Con muestras de mi más alta consideración, queda de US. atento seguro servidor.

Francisco Menéndez.

En San Pedro, ciudad de la Repùblica de Honduras, se ha fundado recientemente una sociedad literaria, segùn noticias que leímos en un periódico de aquel país.

Un amigo muy amable nos dió á leer un tomito de poesías suyas inéditas.

¿Podemos publicarlas en El Ramo de Olivo?, dijímosle.

—Jamás, contestó. Si al amigo Alvarenga, que hace tan buenos versos, le ha sucedido éso, que no sería con los míos? Me reí, y le mostré la Revista Social de Lima: los que son malísimos versos para el gusto salvadoreño son buenos para las publicaciones extranjeras.

Hemos leído una crítica publicada en "El Anunciador" contra la poesía *Misa Nueva.*

La crítica, si tiene en mira corregir defectos literarios es apetecible.

La abundancia de material nos hace dejar para publicarse en el siguiente nùmero una crítica concreta, según se nos asegura, contra la poesía Perfil de nuestro amigo Gavidia.

Veremos. Para las luchas en el campo de Marte, el acero; para las de la inteligencia, el talento.

Suplicamos á los dueños de los periódicos nacionales se nos envíe canje. Por nuestra parte seremos cumplidos en remitir el que nos corresponde.

El alacrán y la cucaracha.

Un alacrán muy grande se paseaba
Dirigiéndole insultos exabrutos
A una cucarachilla que miraba
No sin temor su chuzo y sus canutos.
—"Te he de matar, imbécil"! la decía;
Y ella:—"Te he de matar"! le respondía.
Comenzaron la lucha, y la cuitada
Con una de sus alas trasparentes
Le daba frotaciones excelentes
A aquel que la tenía acribillada;
Y el chuzudo animal con más fiereza
La débil ala agujereando fuerte,
A su adversaria fué dejando ilesa
Mientras él se dió á sí rápida muerte.
Meditad esta historia los que en poco
Teneis, en medio de un orgullo loco,
Al enemigo que creéis pequeño
Porque no sabe ni fruncir el ceño:
Todo enemigo, aunque de humilde facha,
Puede muy bien y sin difícil ciencia,
Quitaros de algún modo la existencia,
Tal como al alacrán la cucaracha!

Miguel P. Peña.

Abril es el mes que ha sacado y saca de apuros á muchos poetas: "Te marchitó de Abril la primavera. A mi tambien me marchitó el dolor, dice una canción antigua: Eres bella cual la rosa que en Abril, dice otra; en fin sabemos muchas en que Abril ó es consonante ó asonante, ó un tema poético.

En Abril caen las hojas de los árboles: los campos pierden su alegría y su verdura: enmudecen los alados cantores: las abejas jóvenes son las únicas que salen de sus colmenas porque las viejas mueren de insolación: la fuente corre perezosa: el verde musgo que se cria en la quiebra de las peñas se seca: las montañas resuenan por los prolongados gritos del perezoso olingo: la naturaleza toda se despoja de su manto de flores y de verdor.

En cambio el crepúsculo es un conjunto de luces bellísimas, que se reflejan en los lejanos horizontes; formando figuras caprichosas y encantadoras. Tardes poéticas de Abril ¿volveré á contemplaros?

LA FLOR DE LA PIÑA.

La fruta más bella
Que nace en las Indias,
La más estimada
De cuantos la miran,
Es la piña dulce
Que el néctar nos brinda,
Más grato y sabroso
Que aquel que en la antigua
Edad saborearon
Deidades olimpias;
Pero es más preciosa
—La flor de la piña.

Cuando sobre el tallo
Preséntase erguida,
De verde corona
La testa ceñida,
Proclámala reina
La feraz campiña,
La saluda el alba
De perlas con risa,
Favonio la besa,
Y el astro del día
Contempla extasiado
—La flor de la piña.

Como si tejiéseis
Una canastilla
De juncos al sesgo
Formando una pira,
Y en cada distancia
Que aljófar simila
Un rubí pusiérais
Fingiendo conchitas
De aquellas pequeñas
Que el mar da en su orilla,
Así se presenta
—Con flores de piña.

Ella es un emblema
De la infancia viva,
Fecunda en su tronco,
Feraz en su guía;
Y como le suelen
Nacer á las niñas
Amantes deseos
Más bien por la vista,
Así porque quede
La imágen cumplida,
Brota por los ojos
—La flor de la piña.

Gabriel de la Concepción Valdez.

AVISO.

El suscrito, deseoso de ausentarse de la República, por motivos de salud, pone en venta su establecimeinto que es de los más conocidos y que goza de mayor clientela en la capital.

Respecto al pago se admite cualquiera firma reconocida, ya sea de particulares ó del Banco, con quien tengo cuentas pendientes y quiero chancelarlas.

Hércules Pizzioli.

AVISO.

Permanezco en mi casa hacia una cuadra de la Iglesia del Calvario, frente al Hospital, daré como Abogado consultas gratis á los pobres.

Luis Salgado.

San Salvador, Abril 20 de 1888.

S. S.—Imp. Nacional, calle de la Aurora, N. 9,